

las imágenes del Divino Redentor y de la Virgen sin man-  
cilla, los retratos de ilustres progenitores, así como las ar-  
mas que éstos esgrimieron en defensa de la patria colom-  
biana, y los diplomas que acreditan la idoneidad científica  
y literaria del descendiente de tan esclarecidos varones;  
cuando holláis aquel piso cubierto de pleitas de humildísi-  
mo esparto y respiráis aquel ambiente saturado de místico  
incienso, no os ha acontecido como a mí, repito, creer que  
penetráis en un templo destinado a rendir culto a la reli-  
gión y a la patria, a la familia y a la ciencia? ¿No habéis  
sentido la inutilidad y la miseria de las riquezas terrena-  
les? ¿No habéis tenido la intuición de que oficia en aquel  
templo un pontífice digno de su elevado encargo?

MIGUEL ABADIA MENDEZ

Octubre 23 de 1912.

## LOS CONQUISTADORES

*Al señor Alfonso Robledo*

Llegaron anhelosos de feroces contiendas  
Un puñado de hidalgos en recogidas huestes,  
Y sintiéndose grandes construyeron sus tiendas  
Como nidos de cóndores en las cimas agrestes.

Vinieron en solemnes caravanas triunfantes  
Viajeros extraviados de países risueños,  
Que llevaban, altivos, los pechos anhelantes  
De fatigas y luchas y esperanzas y ensueños.

Varones indomables, batalladores rudos,  
En cuyas limpias manos tuvo más luz la espada;  
Fieros, caballerescos, de prístinos escudos,  
Como el de don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Varones de alma rara, febril y turbulenta,  
Como forjada en ascuas de irradiaciones locas,  
Que desafiaban, bellos, la Olímpica tormenta  
Con pechos atrevidos y firmes como rocas.

Y empezaron la lucha como fieros titanes,  
Desafiando impasibles las escarpadas cuestas,  
Y al golpe de las picas volaban huracanes  
En un descuajamiento de montañas enhiestas.

Vacilaron las rocas y temblaron los cerros  
Y crujieron los árboles de ramajes ingentes,  
Ante las vibraciones de los pujantes hierros,  
Manejados por brazos de músculos potentes.

La selva se deshizo de todos sus ramajes,  
Como una ofrenda cara de sempiternos lauros.  
Para los luchadores, que en aquestos descuajes  
Fingían un galope furioso de centauros.

Las fieras, espantadas, con bélicos asombros,  
Abandonaron todas sus lóbregas guaridas,  
Y al mirar convertidos sus reinos en escombros,  
Lanzaron un concierto de notas doloridas.

El sol, desde su altura, con miradas inmóviles,  
Contemplaba extasiado la triunfal fortaleza  
De aquellos hijos fuertes y serenos y nobles  
Nutridos con el fuego de su propia grandeza.

Era una lucha llena de la divina rabia  
Del hambre de la gloria con salvaje bravura;  
Lucha de los cachorros que persiguen la savia  
De los senos fecundos de la madre natura.

Al fin de aquellas crudas batallas colosales,  
Resurgieron entonces sobre los limpios flancos  
De las faldas sinuosas frutos primaverales  
Y en las pampas rizadas los campanarios blancos.



Reventó sus primicias y sus virtudes todas  
La tierra humosa y joven de los ávidos lomos,  
Y como novia casta que celebra sus bodas  
Vistió pródigamente de trajes policromos.

Se fue cubriendo el campo de melódicas rimas,  
De cálidos latidos, de notas retempladas,  
Era un canto de gloria que empezaba en las cimas  
Y cruzaba silbando sobre las hondonadas.

Y allí vino la raza vigorosa y serena,  
Animada con soplos de regias ilusiones,  
Y fuese entretejiendo la férvida cadena  
De amores y cariños, de almas y corazones.

Hombres llenos de savia, de fuerza, de energía,  
Que jamás conocieron el humano cansancio,  
Porque cual descendientes de una patria bravía,  
No renegaron nunca de su abolengo rancio.

Mujeres que en un tiempo debieron ser las diosas  
Del amor y del arte, la belleza y la vida;  
Mujeres de fulgentes pupilas milagrosas,  
Donde copió el anhelo la tierra prometida.

Un día por los blancos caminos soñolientos  
Figura luminosa del ideal, hermano  
De los menesterosos, llegóse a pasos lentos  
Sobre su rocinante don Alonso Quijano.

Y don Quijote cuerdo vivió entre los abuelos  
De la colonia hispana con mansedumbre austera;  
Pero incubando sueños y retemplando anhelos  
Del don Quijote loco llegó por fin la era.

Sobre la planta ingenua de la conquista un día  
Cayó un arroyo fértil de sol y de elocuencia,  
Y brotó como estrella en la noche sombría,  
La flor, llena de sangre, de nuestra independencia.

El formidable estruendo, los épicos clamores  
Resonaron de pronto con furia soberana,  
Y regios despertaron cien mil libertadores  
Enarbolando en alto la enseña colombiana.

EMILIO ARIAS MEJIA

Bogotá octubre 12 de 1912

## La ética cristiana

PARA LA CLAUSURA DE ESTUDIOS EN 1912

Sea bienvenido este día consagrado por veneranda tradición al reconocimiento público de los méritos adquiridos por vosotros, señores alumnos, durante el año lectivo que hoy termina.

A las privaciones que os ha impuesto la vida escolar, a las fatigas varonilmente soportadas, a la austera labor que habéis llevado al cabo, responden en este momento la sabrosa tregua de las vacaciones, la dulce satisfacción que procura la conciencia del deber cumplido y el testimonio de vuestra conducta irreprochable y de los progresos realizados en las letras, en la filosofía y en el derecho.

Tales son los premios que vais a recibir, y no será sino muy justo agregar que representan así mismo el alborozo de vuestros condiscípulos a quienes ofrecéis estímulo y ejemplo, el júbilo, y no sé si decir la gratitud, de los superiores y maestros, cuyos afanes y desvelos compensáis a precio de diligencia y aprovechamiento.

Y después de congratularme con el respetable claustro que me escucha, por el advenimiento de este día, habéis de permitirme que discurra breves momentos con vosotros. Algunas ideas más principales de la filosofía del derecho serán asunto de estas reflexiones que voy a presentaros, acatando una designación del señor Rector, tan bondadosa de su parte como inmerecida de la mía.